

de gracia, que antes de terminarlas, mucho antes, el lector se siente invadido por la sensación de que se le van a cerrar los ojos, o de que ya se le cerraron, o de que no podrá cerrarlos más, por el temor invencible de que el volumen se va a caer. Temor éste superfluo del todo, pues aunque en efecto los dos libros van a dar por igual contra el suelo —y a menudo— la encuadernación amenaza con defender su integridad de cualquier iniciativa que no sea más drástica.

Carlos Iturra  
"El Mercurio"

<https://doi.org/10.29393/At446-29OPIV10029>

## EL OTOÑO DEL PATRIARCA

De García Márquez.

Editorial Bruguera.

*El otoño del patriarca* es, en esta temporada, una de las obras más leídas de García Márquez entre nosotros, no porque sea la mejor —al contrario, es una de las más débiles—, sino por una circunstancia editorial: ha sido reeditada hace poco como el tercer título del nuevo Club Bruguera. Casi todo lo valioso que hay en ella es un subproducto y un residuo de *Cien años de soledad*, y, por otra parte, no anuncia ni remotamente el nuevo lenguaje narrativo —menos fantástico, más llano y simple— de esa obra maestra que es *Crónica de una muerte anunciada*. Novela de una fantasía exuberante pero a ratos cansadora por demasiado pareja, que bordea en todo momento el exceso de lo grotesco y la irreabilidad de los esperpentos, escrita en esa prosa fluvial de períodos larguísimos que iguala diálogos y monólogos y descripciones carente de una estructura argumental definida, *El otoño del patriarca* tiene, con todo, la virtud de mostrar ciertas calidades intrínsecas de García Márquez incluso en sus momentos menos felices.

Se trata de una fábula del poder absoluto, personificado en el dictador de una imaginaria nación caribeña, cuyo rasgo específico es el tiempo inmemorial que dura su tiranía, un remedio de eternidad corrupta y legendaria que comunica a todos los episodios político-domésticos un aire senil y sórdido, pesado y sucio y polvoriento, a través del cual se perpetúa el tiranuelo de paotilla con sus cien años personales de soledad y desamparo: vaciedad interior que aumenta en proporción directa a su poder omnímodo y a su perpetuidad sobrehumana. "El anciano más antiguo de la tierra, el más temible, el más aborrecido y el menos compadecido de la patria" ya no sabe él mismo los años de abyección que dura su reinado, ni el número de sus fugaces concubinas y de sus miles de hijos todos sietemesmos, ni la innumerable cifra de sus víctimas; sólo siente crecer su desajuste con el universo, su progresiva irreabilidad a medida que flota "en el estado de inocencia del limbo del poder", inocencia absurda que se identifica con la decrepitud de su absolutismo y termina convirtiéndose insensiblemente en polvo de la tierra por descomposición natural.

El asunto de la novela es político, como política es la militancia de extrema izquierda que manifiesta su autor; y, sin embargo, difícilmente podría llamarse "política" a esta novela, por su aire fantástico, por la demasía de lo grotesco en los personajes y episodios, por la primacía absoluta de la parodia sobre la ideología, y por la rigurosa neutralidad —diríase amoralidad— con que el narrador da cuenta de las truculencias más excesivas. El nivel de realidad en que se sitúan los eventos es

un universo menos maravilloso y preternatural que el de *Cien años de soledad*, pero tributario de su misma carga de fantasía, aplicada más bien al lenguaje de la parábola, a las metáforas del poder absoluto que son sus personajes y sucesos. Se está siempre en el filo de lo grotesco, en el extremo de la pantomima, y, no obstante, en este terreno peligroso donde la mayoría de los autores suele perder todo contacto con la realidad y aburrirnos con una mecánica de títeres, García Márquez se las arregla curiosamente para mantener algún resto de verosimilitud, algún residuo de contacto con la condición humana, que nos evita el aburrimiento y nos impulsa a seguir leyendo.

La articulación y sintaxis de esta prosa son cabalmente las que suelen llamarse "estilo retahíla". No existe el punto aparte, ya que los párrafos coinciden con los capítulos, y el punto seguido escasea, de modo que es fácil encontrar períodos tan largos como una, dos y más páginas; la simple coma hace las veces de casi todos los demás signos de puntuación, y aun los diálogos no se transcriben nunca. Como tales en estas páginas compactas, ya que van disueltos en la amalgama continua del renglón seguido. Por ejemplo: "...que los desarmen, ordenó sin detenerse pero con tanta autoridad de rabia en la voz que ellos mismos se desarmaron, que se quiten esa ropa de hombres, ordenó, se la quitaron, se alzó la base de San Jerónimo mi general, él entró por la puerta grande arrastrando sus grandes patas de anciano dolorido a través de una doble fila de guardias insurrectos, que le rindieron honores de general jefe supremo, apareció en la sala del comando rebelde, sin escolta, sin un arma, pero gritando con una deflagración de poder que se tiren bocabajo en el suelo que aquí llegó el que todo lo puede, a tierra, malparidos, diecinueve oficiales de estado mayor se tiraron al suelo, bocabajo, los pasearon comiendo tierra por los pueblos", etc.

Esta forma torrencial de construir la frase, en su uso y abuso, tiende hoy día a cansarnos; nos suele producir más tedio que interés. Pero, aun a siete años de distancia y habiéndose agotado su novedad, es preciso reconocer que García Márquez la utiliza con una eficacia notable, si bien el mismo autor ha tenido el buen criterio de volver a una sintaxis y grafía más convencionales en sus últimas obras, sobre todo en su memorable *Crónica*. Otro progreso substancial de esa reciente novela es el carácter orgánico y estructural del argumento, mientras que *El otoño del patriarca*, igual que *Cien años de soledad*, se caracteriza aún por esa progresión lineal, inorgánica, uniforme, que permite en ambos casos saltarse treinta páginas y seguir leyendo sin notar casi el lapso: así de intercambiables son los episodios de esta serie pareja y casi amorfa, que García Márquez ha hecho bien en abandonar para sustituirla por un argumento propiamente dicho.

¿Cuál es la calidad de fondo del flamante Premio Nobel, incluso en los momentos bajos de un relato tan imperfecto como éste? Yo diría que es la maravilla de un lenguaje que fluye solo, como animado por una fuerza interior; que parece desprenderse de sí mismo en una continua generación espontánea, casi sin trabajo visible del autor. Es la esencia radicalmente poética de su lenguaje, la respiración interior de una prosa de largo aliento que seduce por su facilidad. Ese solo título basta para hacerlo acreedor al bullido Premio Nobel.

Ignacio Valente  
"El Mercurio"